



27/F: DIOS, PATRIA Y FAMILIA EN LA PRÁCTICA

Rodrigo Alviña Sánchez*

- El anuncio canino.

Terminaban ya las vacaciones de verano y un día viernes, alrededor de las 19:00 horas, uno de mis niños me advirtió que había un perro en el patio trasero de la casa, cosa que no era habitual, por lo que fui a ver lo que ocurría. Para mi sorpresa se trataba de un perro vago que había bajado de la quebrada y estaba tratando, según mi opinión, de encontrar un lugar para pasar la noche. Parecía más bien enfermo, ya que no reaccionaba a ningún tipo de estímulo para que se fuera de la casa. Sin embargo, observando un poco más su accionar, se notaba sano y con todas sus funciones motoras normales, por lo que procedí a corretearlo y expulsarlo de la casa.

Para mi sorpresa el perro volvió minutos más tarde y se colocó en una esquina del patio, por lo que puse un poco más de atención y me fijé que el perro estaba entre asustado y preocupado; recordando ahora ese evento, creo que el perro quería expresarme algo, ya que por su condición de perro bagual, su actitud normal es ser furtivo y arrancar de la presencia de humanos. En resumen, el perro volvió 3 veces al patio, por lo que finalmente lo dejé tranquilo y no reparé más en su

extraña actitud. Tarde comprendería lo que realmente le ocurría a ese raro cuadrúpedo, aquella tarde de viernes en que comenzaba otro fin de semana, a casi más de 8 horas del inicio de un evento diferente.

- El terremoto.

A las 03:34 horas del 27 de febrero desperté abruptamente sobre mi cama con el inicio de un temblor extremadamente fuerte. De inmediato le dije a mi Señora que se trataba de un terremoto, no había lugar a dudas: desde su inicio fue verdaderamente muy intenso, con un ritmo horizontal de un ir y venir de mucha energía, lo que favorecía el equilibrio propio y el de las cosas que estaban sobre el piso o mesas, pero en el sentido longitudinal y no transversal.

Mi primera preocupación fue ponerme zapatillas, ya que los vidrios en el suelo podían ser un gran problema; sin embargo, miré por la ventana de mi pieza hacia el molo 500, el que se encontraba al frente de mi casa, para ver la altura de los palos del "Aguiles", que estaba atracado a no más de 50 metros de distancia, y así poder encontrar una referencia para determinar si el mar descendía de su nivel normal. La noche estaba bastante oscura, debido a que

* Capitán de Fragata. ING.QUIM.MIL.

las nubes intercaladas que cubrían el cielo, se encargaban de tapar la luna casi llena que trataba, de vez en cuando, de iluminar la noche.

Años antes, en abril de 1999, el Jefe del Arsenal (T) ordenó efectuar un estudio de los daños que podría causar un tsunami en la Repartición y prever ciertas medidas básicas para aminorar su efecto. Además, ordenó marcar las cotas máximas que podría alcanzar el fenómeno marino, quedando esa línea en los 12 metros de altura, marca que aún hoy es posible encontrar en algunos árboles de la Repartición y que por algún motivo retuve en mi mente. Además, luego de una falsa alarma vivida a fines del año 2004 en la ciudad de Talcahuano, se

efectuó en el Arsenal (T) un simulacro de tsunami en el que se establecieron las rutas de escape hacia los cerros, dimensionando los tiempos y flujos peatonales, lo que quedó en la mente de gran cantidad de personas que viven en la Base Naval.

Recuerdo que el movimiento telúrico que perduraba después del gran movimiento de 8,8 grados y de casi 2 minutos de duración, era como el balanceo de un tren corriendo a gran velocidad sobre rieles algo desalineados, meciéndose en forma armónica y sin tanta energía; diría que se sentía casi como un bálsamo después del cataclismo. Sin embargo, mi mente estaba puesta en la munición de los polvorines y Santa Bárbaras del Arsenal, ¿cómo habrán soportado el terremoto?, ¿habrá riesgo de accidentes posteriores?... mi mente estaba puesta en mi trabajo y me pedía ir inmediatamente al Arsenal, pero mi corazón me

decía que primero debía poner a salvo a mi familia... ¿Qué debía hacer?... pensaba entre el juramento que hice en diciembre de 1986 al tricolor y el que hice en el altar en diciembre de 1994 ... aún mi mente divaga en ocasiones para encontrar un procedimiento perfecto y compatibilizar mis responsabilidades.

- **Buscando altura y certeza.**

Después de analizar la situación, decidí llevar a toda mi familia rápidamente a la Población Bannen para dirigirme luego al Arsenal, lo que me tomaría

en total, no más de 14 minutos. Cuando salí de la casa por primera vez para abrir el auto, vi a mis vecinos que estaban todos juntos, abrazados bajo el alero de la entrada de su



casa; les pregunté si estaban bien y sin hablar ni moverse, me dieron a entender que sí; era la segunda vez, en menos de 24 horas, que experimentaba el lenguaje del silencio, pero era la primera con seres humanos. Logré ver en su actitud y rostros el pánico y la desesperanza hechos realidad, parecían una estatua familiar bañada por el rocío de aquella movida noche.

Una vez que nos subimos los 7 al automóvil, mi hijo me pasó su linterna, diciéndome que me podría servir; nos dirigimos rápidamente rumbo a la población Bannen, por la subida hacia el Hospital Naval. Fue entonces que pensé en subir algunos metros para dejar realmente a salvo a mi familia, aunque jamás, ni aun en ese instante, creí realmente posible que se produjera un tsunami. Mientras empecé a subir, le expliqué a mi Señora que, pese a la probabilidad de tsunami, existía un riesgo

aún mayor que la probable salida del mar: un incendio en los polvorines.

Los dejé en casa de un amigo y despidiéndome de ellos, Carola me dijo escuetamente “cuídate...”; después de eso, me pude dirigir tranquilo y rápidamente a mi viejo Arsenal. Esa despedida no la sentí como la última que tendría, pero tampoco fue una despedida más...

Mi sentimiento en ese instante era una mezcla entre el sentido de responsabilidad profesional, que me impedía quedarme con mi familia para llegar luego a mis polvorines y un espíritu infantil de aventuras nocturnas, que sólo siente un adolescente cuando juega por vez primera a las escondidas de noche; había en mí un deseo de emular en algo a Prat y el espíritu aventurero de Tom Sawyer, que querían entrar pronto en acción.

Durante el trayecto hacia el Arsenal, recuerdo haber visto en la obscura Avenida Jorge Montt a las guardias de las diversas Reparticiones y Unidades en sus respectivos zafarranchos reales: se alivianaban espías, se despejaban las vías de acceso, cada cual tenía su rol y lo cumplía en forma muy silenciosa pero eficiente. Llegué a la guardia del Arsenal a las 03:55 aproximadamente. En medio de un gran despliegue, hablé en el portallón del Arsenal con el Oficial de Guardia, para luego seguir rumbo a los polvorines de munición, en la Quebrada de Parrón. Cuando llegué a ese sector, me bajé del auto y vi a 4 personas de la guardia, por lo que les pedí abrir todos los polvorines para verificarlos. Me fijé que había un Cabo bastante alto y grueso, por lo que le pedí me acompañara para poder abrir las posibles puertas trancadas o para levantar la munición que lo requiriera.

Fue así como vimos cada uno de los polvorines mayores, después de lidiar algunos instantes con las llaves de cada uno de ellos, dándome cuenta que los daños eran menores y que el riesgo sólo se limitaba a un posible incendio, por lo que pedí cortar la luz desde los tableros principales y hacer lo mismo con el gas del sector de la habitabilidad.

Deben haber pasado unos 15 a 20 minutos en ese proceso, cuando se me acercó un Cabo y me dijo que le había llegado una ola a mi auto, el que estaba semi estacionado en la entrada de los polvorines y casi a nivel del mar. Internamente algo me decía que una ola no podía haberlo mojado, eso era algo anormal, por lo que me dirigí directamente al auto y mirando el costado que daba hacia la



costa, aprecié que efectivamente estaba mojado. Instintivamente mi cabeza giró hacia el mar, casi como por acto reflejo, como queriendo encontrar por fin una razón para creer en lo que no creía posible, casi con la malicia de un niño que quiere ver cómo una araña puede arrancar desde un hormiguero, pero también con la casi certeza de que todo estaba en orden.

Los claros de luna llena eran esporádicos y mi vista se clavó en el viejo muelle de Parrón, el que siempre se bañaba con el mar... pero esta vez estaba seco, no había mar... ¡se había recogido el mar casi 60 metros! y sólo veía rocas y el fondo, sin poder distinguir nada más. Era algo que no se podía creer, aunque lo estuviese viendo. Recuerdo haber tratado de mirar de nuevo y en mejor forma, como para encontrar algún detalle que indicara que la primera visión era errónea, quizá por la falta de luz, pero la

verificación fue escalofriante: el mar no estaba, se había retirado, llevándose mi incredulidad, Santo Tomás había creído y Tom Sawyer huía despavorido de mi a más de 120 kilómetros por hora, dejándome solo en esta cruda realidad.

- *Paratus ad bellum.*

Al voltearme vi a los 6 hombres que custodiaban en ese instante los polvorines y que estaban mirándome incrédulos y perplejos, pero esperando la decisión de su Oficial, por lo que les ordené que subieran lo más alto posible hacia el cerro, ya que era seguro que vendría un tsunami. Yo opté por subir al auto y me dirigí a la Quebrada de Manzano para pasar a ver la fuente de cobalto radiactivo y así aprovechar de subir por los corta fuegos hacia

un sector más alto. Mientras me subía al auto, le dije al mismo Cabo que me estaba ayudando en la revista del material, que me acompañara hacia los laboratorios para verificar la aludida fuente de cobalto, mientras pensaba que si venía una ola, sería por detrás del auto y nunca por delante, ya que iríamos en dirección sur, es decir, alejándonos supuestamente de la inminente ola.

Fue así, como nos fuimos rumbo al sur por el serpenteante camino costero, el que está franqueado por cerros y abierto hacia el mar por babor. Al llegar a la altura del helipuerto del Arsenal vi con sorpresa delante de mí una imagen impactante: venía un río directo hacia nosotros, arrastrando varios elementos, entre ellos un auto rojo, palos y muchas algas; no había más alterna-

tiva que enfrentar ese muro de agua, el que empezó a chocar velozmente en el parachoques del auto, trepando por el capó, lo que dificultaba el seguir manejando. No entendía cómo era posible tener el mar retirándose por la popa y a su vez recibéndolo por la proa, no era algo lógico. Pero lo que me preocupaba más que la situación en sí, era si seguiría subiendo el nivel del mar, que a esa altura llegaba un poco más arriba de las ruedas, ya que, considerando que estábamos a 5 metros de la costa, existía la seria posibilidad de ser arrastrado hacia mar adentro.

La oscuridad reinante, el ruido penetrante del tsunami y los esporádicos claros de luna daban marco a esta navegación terrestre, en la que intentaba llegar a una bifurcación que estaba a 200 metros de distancia por la proa de mi pequeña embarcación. El automóvil empezó a levantarse por la popa y la tracción delantera empezó a flaquear. Mientras mi improvisado navegante me indicaba los derrelictos peligrosos, me aproximé al cerro para encontrar bajos que permitieran reptar



El auto rojo después del paso del tsunami.

hacia nuestro destino, lo que a Dios gracias, logramos. Delante nuestro vimos unas pequeñas luces que se agitaban velozmente en dirección hacia los cerros: eran camaradas de armas que arrancaban tras intentar rescatar el material de su cargo seriamente amenazado por el coloso marino. Más allá, en el sector de la guardia, veíamos luces que intentaban ser faros guías en nuestra retirada: era el Oficial de Guardia que, con su gente parapetada en las alturas de la guardia, intentaban alertarnos de la amenaza que nos acosaba y también marcar una zona de escape.

Afortunadamente, luego de algunos minutos, logramos llegar a la altura de la oficina de la jefatura, por lo que doblé hacia la derecha, viendo a mi izquierda cómo se había caído la infraestructura de la Detallía; subimos por el costado de la cancha de fútbol hasta llegar al Complex, en donde nos detuvimos y, bajándonos del improvisado bote, verificamos el estado de la fuente de cobalto.

Habían varios vehículos que estaban obstruyendo la subida por el corta fuegos hacia arriba, por lo que me vi obligado a empujar un auto que me encerró mientras me bajé del auto y de esa forma proseguí el escape hacia zonas más altas. En esos instantes se comenzaron a escuchar ruidos muy fuertes, secos y estridentes, los que parecían provenir desde ASMAR. Realmente, parecían derrumbes de grandes edificaciones y en lo personal pensé que eran las grúas que caían luego de haber quedado debilitadas por el terremoto, junto a los viejos talleres de concreto. Al recordar esos instantes, más bien parecían ruidos de la novela del Dante, entre

el quinto y sexto nivel del infierno, eran conmovedores y escalofriantes; minutos después podría comprobar que, de más cerca, eran majestuosamente amedrentantes...

Dieron como las 5:40 de la mañana y me percaté con sorpresa de que estaba en pijama, por lo que decidí salir hacia mi casa a cambiarme de ropa. Cuando salí del Arsenal me percaté que el camino estaba lleno de algas hasta la entrada de ASMAR, pero desde ese punto y hacia la Puerta de Los Leones estaba todo seco y en orden. Con algunas algas todavía enredadas en su proa,



Resultado de los grandes ruidos que se escucharon desde Asmar.

avancé con el automóvil por la desierta avenida, viéndose todo solo y abandonado, varias unidades ya habían zarpado con sus guardias o comandantes y no se veía a persona alguna.

Proseguí mi camino hasta casa, estacioné el automóvil y al bajar pensé en buscar mi buzo de combate. Estaba en eso cuando repentinamente comencé a escuchar un ruido fuerte, extraño, intenso, seco y que llenaba todo. Me di cuenta que no era un temblor, ya que no se movía el piso, pero entonces ¿qué era? ... podría decir que era como un enorme tractor que venía demoliendo las casas vecinas, las que caían sin

oponer mayor resistencia; casi por instinto me fui a la ventana de mi pieza, en el segundo piso, para mirar hacia afuera y pude ver lo que pocos han visto en directo: la entrada de un tsunami.

Es como llenar un balde gigante con agua y luego lanzarlo por la calle: entró con muy baja altura pero con una velocidad aproximada de 40 kilómetros por hora. Vi con la luz de la luna cómo empezó a tapar las ruedas del auto y a subir en forma muy rápida su nivel, en cuestión de algunos segundos el vehículo comenzó a flotar y acto seguido zarpó raudo, nuevamente, pero esta vez rumbo al norte, producto de la fuerte corriente de aquel río que se había apoderado de la calle,



del jardín y de todo lo que se ponía por su paso. Entonces el automóvil chocó su parte trasera con un árbol, el que detuvo su raudo navegar y lo dejó inmóvil en aquel escenario, pero detrás de él, venía navegando un contenedor de 30 pies, el que colisionó esta vez su parte delantera y lo colocó en forma transversal al río que corría, por lo que el caudal se lo llevó... esa fue la última vez que vi al BGCF-25; la tercera ola por fin lo había internado para siempre en el mar, pero sin mi. En la calle la altura del mar ya tenía 1,5 metros de altura. En ese instante me percaté que la preocupación que tuve por el auto era lo que menos ya me preocupaba y rogué por primera vez a Dios que me salvara de lo que se venía, ya que pensaba en los niños y todo lo que tenía que ayudarlos, guiarlos y acompañarlos en sus futuras vidas y por otro lado, sentía que no era ni el día ni el modo de morir.

Los ruidos eran cada vez más sordidos y penetrantes, no había luz y sólo

tenía esa pequeña linterna que me había pasado mi hijo, podía sentir como se iban destruyendo en el primer piso de la casa muchas cosas de vidrio y madera, la entrada del agua hacía sus efectos sobre todos los muebles, adornos, paredes e infraestructura que estaban en el primer piso. El agua ya tenía una altura de 2 metros y seguía subiendo, por lo que me percaté que no tenía vía de escape hacia la calle; es más, podía ver como estaba conectado en forma directa el mar con mi casa, ya que los muros del frente de mi casa se habían caído y desaparecido bajo la fuerza del mar.

Los 12 metros de altura se me vinieron otra vez a la mente con letras mayúsculas, por lo que supe que estaba en problemas mayores, si es que el nivel del mar seguía subiendo, ya que el techo de la casa quedaba muy por debajo de esa cifra. Esto, me motivó a pensar que la única salida que me quedaba era arrancar del maremoto por el

patio trasero de la casa, el que tenía unos 20 metros de fondo y llegaba al cerro que subía hasta una cota de más de 50 metros de altura: era mi única salvación. Corrí por el pasillo para llegar a una de las piezas traseras, pero en mi trayecto me topé con la escalera que tantas veces había bajado solo, con los niños, con mi señora, de día y de noche, pero esta vez veía con tremenda sorpresa que no había escalera, solo se veían 6 peldaños y un cojín flotando casi a la altura del techo del primer piso, eso hizo que empezará a pensar más rápido y a concentrarme solo en poder escapar de aquella situación.

En ese momento sentía cómo la adrenalina me recorría entero y podía dar saltos y avanzar con una agilidad y

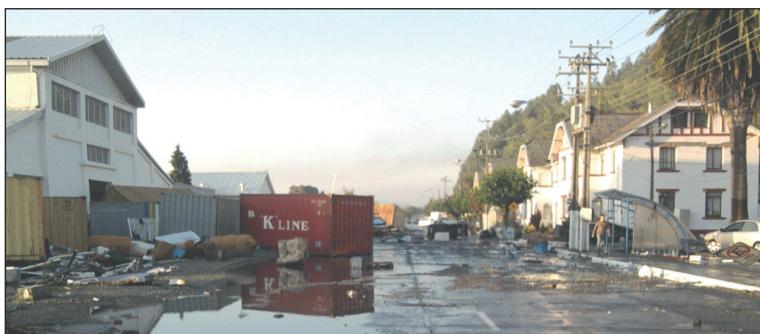
fuerza, como nunca antes lo había sentido; solo me concentré en encontrar una salida, la más certera, la que me devolviera la tranquilidad de poder volver a ver a los niños y a Carola.

Cuando llegué a la pieza de mi hijo, me dirigí rápidamente a la ventana con la esperanza de poder encontrar mi pasaje hacia el cerro, corrí la cortina y vi, esta vez con desesperación, cómo el agua venía con mucha más fuerza desde atrás con una altura aun mayor que la altura del mar en frente de la casa, botando los muros de separación. Fue entonces, que me vi complicado y pensé que quizás mi hora había llegado; volví a mirar hacia el patio y mi mente y mi sano juicio me indicaban que no era recomendable arrancar por ese torrentoso río salado, lleno de planchas, palos y otros derrelictos que avanzaban muy veloces botando los muros que separaban las casas, sobrepasando ya los 2,5 metros de altura. Si pudiese aventurar un resultado de intentar el escape por ese sector, mis probabilidades eran pocas, pero en todo caso mayores que intentarlo por el frontis de la casa.

Vinieron a acompañar a mi mente y a esa cifra inalcanzable de 12 metros de altura máxima, imágenes de noticias pasadas de personas que eran rescatadas de tsunamis desde los techos de sus casas, por lo que fue una opción que comencé a evaluar seriamente en el alero de la ventada de la pieza de mi hijo.

Pero fue allí, en ese preciso instante, en el que me sentí casi perdido, que Ella nuevamente se apareció en mi vida, siempre lo hace en instantes importantes, muchas veces yo la he buscado en los grandes hitos de mi vida, pero diferente es cuando Ella se manifiesta: vi el Rosario de Diego, colgando de la pared, lo tomé y comencé a pedirle a la Santa Virgen María por mi vida. No sé cuanto

habrá durado ese momento, pero fue el camino que físicamente no podía encontrar, Ella me mostró el camino y supe que todo iba a pasar. No se puede explicar de otra forma, fue como hacer una confesión y rogarle por mi vida. Ella me guió por lo que nada ni nadie pueden guiar, las aguas se empezaron a aquietar y el nivel de las mismas ya no creció más. Se empezó a formar una especie de estoa, y poco a poco el nivel comenzó a descender, el arrastre de múltiples elementos y cosas a la deriva seguía adelante, pero ya sin tanta fuerza, lo peor había pasado y para la historia y suerte mía, la altura máxima no había llegado a los teóricos 12 metros.



Avenida Jorge Montt.

Habiendo creído que lo peor había pasado, me terminé de vestir y me dispuse a salir para ir en ayuda de quien lo pudiera necesitar después de semejante evento. Pero, no sabía que me tocaría enfrentar lo peor de aquella noche: a mi mismo. Justo cuando estaba por salir y el agua se retiraba con fuerza hacia el mar, teniendo aun una cota de 1,5 metros de altura, sentí la bocina de un auto, con las luces de emergencia encendidas y rumbo hacia el mar, como pidiendo auxilio. No dudé en sacarme los zapatos de combate para lanzarme al mar, pero al llegar a la cornisa de la ventana, mi yo interior me dijo que si me lanzaba, probablemente moriría en el intento. Fue angustiante, sabía que era casi estéril tratar de ayudar a aquel naufrago, pero mi conciencia me decía que no sería capaz de cargar por el resto de mi vida con el peso de no haber

hecho nada para rescatar a esa, quizá, señora con su hijo; nuevamente me incliné para saltar, pero era como tratar de salvar a alguien que estaba siendo devorado por 5 leones, mis opciones de éxito en el rescate y de sobrevivir en el intento eran escasas... Dios mío ¿qué hago? Mi yo interior me dijo que nadie sabría si no me tiraba, pero al instante me avergoncé de aquel y otra vez intenté armarme de valor para intentar hacer lo que debía. Fue entonces que se me ocurrió iluminar el interior de aquel automóvil con la linterna y pude ver que éste estaba vacío, ¡¡¡no había nadie en su interior!!! La bocina y luces se habían activado con el agua de mar. Que alivio, sentí que me desinflaba en el aire, me había sacado mil kilos de encima de mis hombros, volvía a respirar. Fueron segundos aterradores, angustiantes, de una lucha interior infinita, extrema: valentía y vergüenza, blanco y negro, todo o nada, se enredaron en mi mente y son la causa de mis pesadillas diurnas posteriores al tsunami. El conflicto interno dejó sus huellas, las heridas de aquel combate son imborrables y trato de convivir con ellas para vencer en la próxima ocasión: el lema es Gloria o Victoria, pero eso no surge de la nada.

- Honor y Patria, Eficiencia y Disciplina.

La visión de los que nos antecedieron, los múltiples entrenamientos y ejercicios de zafarranchos efectuados, el ver zarpar a las Unidades con la guardia, el ver tras esas luces a la gente de mar que, arriesgando sus vidas, cumplieron

con su deber para proteger su cargo, el ver a ese Oficial de Guardia liderando a su gente y preocupándose de ella y del material a su cargo en forma equilibrada, dentro de la emergencia desatada, el ver la reacción de la gente de polvori-nes que, ante la emergencia evidente, esperó la orden de su Oficial para aclarar el área, son signos de algo que no es tangible y que pertenece, entre otros, a los hombres de armas.

El Triedro DIOS, PATRIA Y FAMILIA ha sido la base de nuestra Institución y ha dado el sustento para navegar por los mares del tiempo, con la certeza de estar en un track seguro, valórico y que trasciende cualquier intento humano por mellarlo. Fue el responsable de haber salvado a la Nación de las guerras externas e internas que hemos sufrido, es lo que nos distingue de muchos y nos acerca a pocos. Es, como me decía mi Padre, la Puerta Angosta, la del sacrificio, pero que es fecundo y hermoso, porque engendra el amor que viene desde el creador. Prat, Churruca, Leonidas, Moscardó, Cruz Martínez y muchos otros lo entendieron, teniendo como ejemplo máximo al Varón de Galilea.

El desafío es que cuando Prat, bajo el amparo de su escapulario de La Virgen del Carmen, nos llame desde el otro lado, podamos decirle: "Aquí estoy, mi Capitán", dejando en nuestra estela el servicio fecundo entregado a la Patria y también a nuestros hijos, con una viuda orgullosa, que será nuestro legado en la tierra, hasta que pueda reunirse con nosotros en el más allá.

* * *

